

necesitaba un sacrificio como éste ⁽⁵¹⁾.

En los días plenos de sus primeros años de Oxford, cuando los libros absorbían muchas de sus horas, encontraba, sin embargo, tiempo para orar a Dios con voces jubilosas redundantes de su felicidad interior. La oración que brota de sus labios, y « también de mi corazón es que aparte de mi caminos los honores, si me han de ser ocasión de pecado » ⁽⁵²⁾.

La conversión de Newman al catolicismo es, desde el punto de vista de su experiencia religiosa, una confirmación más de que Dios estaba a su lado, lo guiaba; era tan claro su llamado, que no seguirlo habría sido ofenderlo: « As to my convictions I cannot at all make out why I should determine on moving, except as thinking I should offend God by not doing so » ⁽⁵³⁾.

El acento incomparable y la profunda atracción que la palabra de Newman ejercía sobre sus oyentes, se basa en el principio inmovible de toda verdadera elocuencia: « Quod vidimus anuntiamus vobis », decía el Apóstol. Newman, al hablar de la vida religiosa a las almas, decía lo que había visto y lo que había vivido. Resumiendo esta enseñanza, nos habla de la experiencia religiosa como « de una santificación interior larga y difícil; de una conversión lenta, gradual, aquí y allí sembrada de llamados repetidos, visitas secretas siempre deseadas y nunca previstas; de un desarrollo purificador, de una inseguridad siempre experimentada, de un camino bordeado de peligros, de una vigilancia necesaria hasta el fin. No es precisamente para tal fecha ni en tal momento de la vida cuando la visita de Dios nos ha dado cita: así, el amor camina siempre con el temor por compañero. El presente será siempre objeto de ambigüedad e incertidumbre; pero al esfumarse en lo que llamamos el pasado, su cualidad cambia: su monotonía se torna armoniosa; su inseguridad firmeza; su dificultad se calma; por fin podemos entrever los rasgos de Dios » ⁽⁵⁴⁾. El pasado, « lo experimentado », lo vivido, son subjetivamente nuestros grandes testigos de Dios.

⁽⁵¹⁾ A., p. 7; L. and C., t. I, p. 79, cita una frase de su madre, que suspiraba por verlo casado antes de que ella muriera. Sus sentimientos entonces fueron los mismos que en 1816: era la voluntad de Dios que él fuese soltero para mejor realizar su misión.

⁽⁵²⁾ L. and C., t. I, p. 38.

⁽⁵³⁾ L. and C., t. II, p. 411.

⁽⁵⁴⁾ Guitton, op. cit., p. 31. El pasaje está compuesto casi en su totalidad de títulos de sermones de Newman; para una referencia íntegra véase la obra citada. Ver también en Revue de l'Université d'Ottawa (1945), vol. XV, el artículo excelente de Charles J. Laframboise, « La doctrine Spirituelle de Newman », pgs. 48-76.

NEWMAN Y LA EDUCACION

Por el Dr. JUAN CARLOS ZURETTI. — Buenos Aires

La vida de Juan Enrique Newman, hoy tan conocida en los países latinos, tanto por el significado de su conversión como por la profundidad de su pensamiento filosófico o teológico, es casi ignorada en la diversidad de sus actividades. En el capítulo IV de su autobiografía, al hacer memoria de su actuación, recuerda cómo el aspecto educacional de su obra fué la empresa principal de su vida, que absorbió su permanente y acendrado esfuerzo y que desde su iniciación fué todo un augurio. Después de sus estudios, entre los 20 y los 30 años, se entregó totalmente a la vida universitaria siendo en 1826 « tutor » en el Colegio Oriel, a la vez que cura de San Clemente y predicador en Whitehall.

Encargado de dirigir los estudios de lenguas clásicas, pasa a la capellanía de la Iglesia de la Universidad, ocupándose oficialmente de la predicación hasta 1843, cargos que abandona después de haber ganado el aprecio y la admiración de todos, porque era voz corriente que « todo lo hacía pronto y bien ». Su prestigio ya era grande cuando, convertido al catolicismo, el episcopado irlandés le encomienda iniciar una obra de enseñanza superior: la fundación de la Universidad Católica de Dublín, de la que llega a ser rector.

El fracaso refrena sus aspiraciones, pero no se amedrenta, dispuesto a continuar la lucha en el terreno juvenil, encara dos proyectos sucesivos para instituir en la Universidad protestante de Oxford una casa de San Felipe de Neri, pretendiendo con ello extender a los católicos —para quienes estaba prohibida—, la enseñanza impartida en esa vieja institución que tanto amaba él.

Al regresar de su viaje por Italia, transplanta en Birmingham una rama vivaz del Oratorio italiano, pero le infunde un espíritu apropiado a la mentalidad inglesa. Dispuesto a romper el insularismo de Oxford renueva en su colegio el viejo espíritu tradicional de las *Public Schools* seculares. Su entusiasmo reformador atrae al hijo de Tomás Arnold, el célebre *headmaster* de Rugby, que convertido al catolicismo se vuelve su más sincero colaborador. Persuadidos de que la escuela realiza su obra según la intensidad del carácter que imprimen a sus educandos, asientan en su experiencia los principios de la educación liberal del *gentleman*: más libertad, menos preservación, más responsabilidad, más intimidad y confianza recíproca entre el maestro y el alumno.

Mientras realiza todas estas experiencias, mientras las dirige, no deja de enseñar y predicar tantos sermones en Oxford, Dublín, Birmingham, etc., que once volúmenes no alcanzan para encerrarlos, ya que no todos sus sermones han sido publicados. Este teólogo poeta que envolvía en una música verbal perfecta sus especulaciones, este psicólogo del genio, cuya compleja riqueza mantuvo la admiración de los críticos más penetrantes, empleará toda su vida en predicar con su ejemplo y en enseñar con sus ensayos el valor sobrenatural y educacional de su actividad, aunque todos estos esfuerzos parecieran momentáneamente destinados al fracaso.

Newman debió abandonar Oriel porque el director del Colegio no quería admitir sus ideas, pero deseaba retener su persona, como si la acción no fuese la forma esencial de las ideas, su dirección, su fin. Deja Dublín porque los dignatarios eclesiásticos no desean ni su persona ni sus ideas. Newman quería realizar allí una obra viva, los irlandeses deseaban un dique, una barrera, un sólido muro de contención. No pudo continuar en Oxford porque Manning, su arzobispo, no deseaba que se sin-

tiera ni la influencia de su sombra, pues conocía su poderosa fuerza de atracción.

Su primera escuela secundaria del Oratorio se desenvolvió tropezando con la hostilidad; no bien comienza a realizar ensayos, es criticado por todos y algunos hasta le desprecian. De modo que al juzgar la actividad de Newman por sus resultados inmediatos parecería un fracaso, pero si la moral, la fuerza creadora y animadora de un hombre se la mide por la fuerza que pone en juego para vencer un obstáculo sin haber modificado en nada el carácter contagioso de su influencia, Newman puede ser considerado como un gran hombre de acción. Su actividad vive en un estado habitual de preocupación, de oposición, pero a pesar de ella espera alcanzar siempre fines espirituales lejanos que con segura intuición había previsto.

En Newman el sentido de la acción no es guiado por la sola voluntad. Todos los deseos suscitados por su energía son verificados por su pensamiento. Su inteligencia está enriquecida por el ejercicio de múltiples disciplinas.

La naturaleza profunda de su espíritu le hacía en todo ecléctico, precisamente lo contrario de un especialista y por eso nunca avanzó hacia la realidad desde el ángulo de su especialidad. Era un humanista, tenía la corrección de los hombres de Oxford, escribía griego y latín, había estudiado Filosofía y Teología y conocía mejor que cualquiera de sus contemporáneos la Patrología griega. Había estudiado matemáticas, mucho de física y hasta había pensado dedicarse a las investigaciones de laboratorio: tan convencido está del valor de la ciencia que una de sus primeras actividades en Dublín es fundar la Facultad de Ciencias Médicas; tenía predilección por la historia y había soñado en ser músico. Sin ningún esfuerzo podía escribir en estilo poético. En sus obras se mezclan imágenes con las emociones, su corazón es múltiple, ama profundamente a sus amigos y a su familia, a las plantas, a los animales y a los espíritus y a las almas de los hombres todos; su diversidad, que desconcierta tan a menudo a los pensadores, le emociona y le encanta. Se interesó por todo lo que vive y por ello se elevó al mundo de la forma, a las realidades invisibles que aprehende con la misma facilidad, mas no abandona su fantasía curiosa al acaso de las solicitudes múltiples de su espíritu. Trabaja con encarnizamiento; tiene

el hábito de las largas horas de estudio, de trabajo voluntario, llegando a estudiar hasta quince horas seguidas.

Los compañeros de su vida recuerdan la gran facilidad con que despierta el interés de Newman, porque todo le atraía: la literatura, la política, el comercio, los convenios de los comerciantes, los acontecimientos referentes a personas, a lugares que le eran desconocidos, la vida del campo, el estudio de los jóvenes, los pensamientos de los humildes y abandonados lo mismo que los grandes problemas de la controversia.

Su obra educacional fué el producto de su vasta simpatía intelectual, una aptitud adquirida o innata que penetra la intimidad de los espíritus para descubrir sus tendencias, sus necesidades y mezclarlas íntimamente con las suyas propias. Exigía el poder de modificar lo real y el don de someterse, de respetarlo y, por lo tanto, de comprenderlo. Newman estaba bien dotado para comprender, para asir y para analizar lo real, quizás por la misma fuerza vital que poseía su temperamento.

Si a Newman le faltó aparentemente espíritu práctico, aptitud de organizador, poderío que crea y anima; de ascendiente que subyugue y se impone, de valor reconocido y admitido, Newman poseía en cambio una poderosa virtualidad, un movimiento esquematizado que no encontró su forma, porque los choques exteriores lo habían de detener, « la vibración es el movimiento aprisionado », ha dicho Claudel.

Sin embargo, a pesar de su aparente fragilidad, de su sensible romanticismo, no le asusta la amplitud de sus proyectos. « Oxford necesita hombres de cabeza ardiente y yo pretendo ser de esos », escribe a su hermano. Y a un amigo le dice: « ... no se gana con quedarse tranquilo, estoy seguro que los apóstoles no lo estaban, la agitación es la orden del día ».

No se envanece; la humildad, la modestia, la simplicidad quieren que envuelva su figura como una bruma que atenúe sus contornos. « ... soy como todo el mundo, no soy venerable, nada me puede transformar en tal, soy lo que soy y no creo necesario abstenerme de los sentimientos y pensamientos de todo el mundo, cuando estos pensamientos y sentimientos no son culpables... los que me conocen me tratan sin respeto ni deferencias, las gentes jamás se inclinaron delante de mí, yo no lo podría

soportar; os diré con franqueza, mi enfermedad creo consiste en ser duro para aquellos que toman delante mío maneras deferentes ».

Es tanto su deseo de acción eficaz, de este jefe de una revolución espiritual, que se produce con sordina, que cuando abandona impelido por las circunstancias, tanto sus actividades como su brillante carrera universitaria, escribirá con toda tranquilidad: « Nada de lo que me habéis dicho sobre la pérdida de mi influencia pudo en lo más mínimo entristecerme según vuestra buena intención parecería temer. Nunca he dedicado un pensamiento a la influencia que podría ejercer y he renunciado sin ninguna pena... más en cuanto a la influencia, el mundo entero no es más que una gran ilusión y espero que no me haya detenido en nada de lo que él contiene... ».

Esta desconcertante facilidad para retirarse sin dolor de lo que formó y amó, puede explicar que tantas obras animadas por él hayan quedado inconclusas.

Lo mismo fué en su primavera de Oxford que en sus horas crepusculares de Birmingham, el atractivo de la acción movía sus ya cansados brazos, y su sentido de lo real era el elemento mismo de su espíritu que dominaba y disciplinaba sus energías que buscaban salida mediante la actividad tan universalmente solicitada, manteniéndola en suspenso cuando se encontraba en dificultades para elegir. El juicio de Newman, de un equilibrio casi perfecto, mantenía la armonía entre sus facultades complejas, orientaba sus pasos cuando era atraído por tradiciones venerables que le estimulaban en la búsqueda de causas novedosas, alejándolo de las rutas ya transitadas e impidiéndole el perder aquella agilidad que la acción reclamaba. El juicio de Newman era a la vez recio y elástico. Pero la doctrina más perfecta de la acción, aquella la de la oportunidad, nos da el mismo Newman; es la doctrina del equilibrio que hay que poner entre el celo y la sabiduría.

Enemigo de las soluciones arbitrarias, renunciaba con gusto a la búsqueda de resultados que se encontraban comprometidos por investigaciones carentes de sabiduría y por eso reglaba su vida en relación con los demás hombres con aquella frase, « la honestidad es la mejor de las políticas », y por eso va a ser criticado tantas veces, porque muchos pensaron que debilitaba su causa

frente a los enemigos como facilitándoles el juego cuando podía haberles respondido con violencia.

Sin embargo, su obra comenzada entre los jóvenes vino a coronarse en el seno de la sociedad que preparó. La atmósfera católica que entonces lo rodeaba estaba encerrada por las paredes del templo. Su prodigiosa cualidad de anticiparse a todo, justifica su elección por la orden del Oratorio, porque precursor de la Acción Católica, le parece que « ha llegado el tiempo que la vida exterior secular guarde discretamente por dentro las prácticas del ascetismo, y esto es el Oratorio ».

Este texto es previsor, como tantos otros, del papel religioso que los laicos desempeñarán, e inicia con ello una corriente en la vida social católica que no se tendrá conciencia sino más tarde.

Siguiendo en todo la tradición de Clemente de Alejandría y del obispo de Hipona, procura la fusión del pensamiento profano con la idea cristiana mientras centra su pedagogía en la *Personal Influence* que apela tanto en los *Tracts* o en sus « *Sermones sobre la Universidad* », convencido que la salvación no se opera nunca por los muchos sino por algunos, jamás por las organizaciones sino por las personas ».

Hoy todos volvemos nuestra atención a Newman. Sus conciudadanos empiezan a hacerle justicia y a llamarlo *Teacher of Teachers*, y es indudable que su personalidad vale para la pedagogía católica más que toda la literatura del siglo XIX sobre Metodología escolar.

Dijo que escribía para el porvenir; tenía conciencia de su obra. Eterno será su *Discurso de despedida*, que Macaulay sabía de memoria, que dirigió a sus amigos protestantes al abandonarlos.

« Hermanos míos, corazones amados y fieles, amigos queridos: Si conocéis a alguien que haya podido ayudaros de alguna manera con sus palabras o escritos; si alguna vez os ha dicho lo que vosotros sabéis de vosotros mismos; si os ha revelado vuestras necesidades y vuestros sentimientos y os ha animado a conocerlos más y más; si os ha hecho sentir que existe una vida superior a esta vida terrenal y un mundo más bello que el que ven vuestros ojos; si os ha animado u os ha contenido; si ha abierto un camino a los investigadores y tranquilizado a los lle-

nos de congoja; si lo que él ha dicho o hecho os ha interesado y os ha dispuesto favorablemente para con él; acordáos, os ruego, de ese hombre en el porvenir, aunque no le volváis a oír más, y rogad por él para que pueda reconocer en todas las cosas la voluntad de Dios y estar presto en todo tiempo a cumplirla ».

Estas líneas lo pintan entero, y nos parece la más hermosa herencia que puede dedicar a sus discípulos un sacerdote, un profesor y un educador, ya que todo eso era Newman, para que « recuerden su nombre en el porvenir ».